

Navidad con suspense

Nunca he sabido, por más que lo he intentado, describir el vaivén emocional que producen las mañanas con niebla de diciembre, el ajetreo de la gente en las calles, la preparación de las mesas, la alegría incontrolable de los niños, la esperanza – ¿es esperanza? – de los adultos en no se sabe qué. Siempre mirando al año nuevo con esperanza y serenidad. La serenidad es algo extraño. Hace que tengas esperanzas en todo, aun sabiendo que no existe ninguna posibilidad de éxito. Me encanta la esperanza porque siempre va contra pronóstico.

Creo que el tiempo de la Navidad es una estación mágica que sólo perciben de verdad los niños. Podemos recuperar estas fiestas cada año, pero jamás pasamos de un ligero temblor cuyo significado más hondo se nos escapa. Los días del colegio, esperando las vacaciones, cuando los profesores te dejaban cotorrear más en clase y te subían un punto en Historia o Matemáticas por contestar bien a una pregunta chupada, ahí, ahí empezaba la Navidad. Y luego en casa, poner el belén, y escuchar a los chicos del colegio de San Ildefonso cantar los números, metiditos en la cama, las papeletas cubriendo la colcha. La Navidad era que el mundo entero estaba de vacaciones y no te reñían por nada. Ahora, cuando eres mayor, la Nochebuena es un desastre. Entre otras razones, porque mi padre nunca volverá a decirme que prepare oposiciones para asegurar mi futuro.

Ahora las Navidades me parecen grises. El gris no sólo es un color, incluso de moda, sino un estado de ánimo, casi un uniforme de los espíritus proclives a la melancolía. La Navidad, vista desde esta segunda infancia que es la madurez, es una mezcla de consumo y nostalgia. Unas horas en que los sen-

Navidad con suspense

timientos – que, mira por donde, es verdad: ¡existen! – se hacen más frágiles y se contagian de algo que podíamos definir como bondad ligera, baja en compromiso. Pero no es más que un humanitarismo falso que se queda en el más puro aspaviento. Navidad, tu madre sacando los mejores platos y cubiertos del último cajón del aparador, y servilletas nuevas, de estreno, dobladas en forma de pico, y rosas, claveles y lirios adornando la casa en floreros de barro y estilizadas jarras. Las postales de UNICEF y los Christmas – en las que se enviaban pequeñas participaciones de lotería de veinte duros – ocupaban las estanterías y las mesas, las llamadas telefónicas, pues nada de especial, aquí en familia, que haya salud sobre todo, que dentro de un año estemos así todos juntos. Entonces estábamos todos. En la Navidad de antes no había divorciados, todo lo más alguien que no estaba, o viudos; Daba la impresión de que no faltaba nadie. Hasta a las personas con digamos mala suerte, a veces les daban permiso en la cárcel y les dejaban salir a cenar con la familia. Pero me parece que tanto entonces como ahora – ahora, quizá más –, estos días sirven para descubrir que nadie está completo, y que es muy difícil que lo vayas a estar. Porque falta algo. Un espacio interior. Una persona. Un temblor en tu ánimo.

Las Navidades, ahora de adulto, siempre te pillan a traición. De niño, no. Cuando era niño, soñábamos con la Navidad casi desde comienzos de noviembre. Sabíamos que en Navidad, y aunque no fuera con coca-cola, todo marchaba mejor. Los profesores estaban de buen humor y eran generosos en los últimos exámenes del trimestre. Había una semana en el colegio previa al comienzo de las vacaciones de no hacer nada, inolvidable. Las notas ya nos las habían dado la semana anterior. Pues en esa semana tenía lugar el festival de

Navidad con suspense

villancicos y cada clase preparaba el suyo. Hacíamos concursos de habilidades – Lema imitaba de locura a los animales: perros, burros, gallinas..., Piñón bordaba al Pato Donald y al oso Yogui...–, o jugábamos a romanos y cartagineses, que era una pugna de preguntas y respuestas de Geografía o Historia entre una mitad de la clase contra la otra, una especie del “Un, dos, tres” de Chicho, pero sin coche. Esos días eran los que aprovechaban los de Bachillerato para poner el Nacimiento en el aula de Dibujo, bajo la supervisión del Hermano Félix. Claro que en cuestión de belenes, nadie como el padre de mi compañero Vergara, que era electricista. Al padre de Vergara le he visto yo hacer que Jerusalén amaneciera y anocheciera a lo largo de un minuto sobre el escritorio de su hijo. Eso sí que era “Luz y Sonido”. Siempre he creído que los de la Academia de Hollywood tenían que haberle dado el oscar a los mejores efectos especiales. En mi casa, el Belén vivía en una caja de zapatos que guardaba mi madre en el estante superior del armario del hall. Allí estaban los pastorcitos, las lavanderas, el hombre que amasaba el pan, los soldados de Herodes, el castillo, el río de papel de plata, el musgo... Poner el belén era un poco como dirigir una película.

Todo eran ventajas: mis padres me dejaban jugar hasta un poco más tarde en la calle y me dejaban ver más la tele, hasta las series que tenían un rombo. Si iba al mercado con mi madre, en la charcutería me regalaban un cucurucho con aceitunas y en la panadería una bolsa de colines. En la calle había mucha más alegría en la gente, a pesar del frío. Un frío y unas lluvias – aquellas que caían cuando estabas calentito en el salón de tu casa viendo una película u ovillado en tu cama a primera hora de la mañana – que suponían el marco climático adecuado, “y ya sabes, cuando salgas a la calle, no te olvides de taparte el cuello con la bufanda, que, si no, te duele la garganta”, me decía

Navidad con suspense

mi madre a todas horas. Bueno, era como si a todo el mundo, y no sólo a los niños, les hubieran dado quince días de vacaciones pagadas. Se recibían más cartas en las casas: de familiares de fuera, de conocidos, el cartero, FENOSA... todos nos felicitaban las Pascuas. Hasta nos dejaban que le diéramos una moneda de diez duros al pobre abuelillo tuerto de la escalinata de los Capuchinos y al que nunca dejaban que te acercases porque tosía; por lo visto, “tenía algo del pecho”.

En estas fechas tú pensabas que en todas las casas se lo pasaban mejor que en la tuya. Las comidas y las cenas siempre me parecieron aburridas, pero las campanadas me gustaban: un minuto, qué un minuto, unos segundos, y ya estabas en otro año. Parecía increíble. Todos se abrazaban y se besaban, y te besaban y te abrazaban a ti, y a ti te daba todo vergüenza, sentías un pudor indefinible, “sobre todo, que haya salud”, “que el próximo año estemos de nuevo todos comiendo las uvas”, el primer anuncio del año, – junto al árbol de la Coca-Cola revivir la alegre Navidad, la chispa de la vida... - Año nuevo. Todo por pasar. El corazón te latía con fuerza. Era el único día del año en el que besaba las mejillas ásperas de mi padre – también era su santo –. Y salías disparado hacia la cocina para arrancar la primera hoja del calendario.

Lo más bonito de las Navidades era pensar en ellas. La Navidad, es obvio, tiene algo especial. Nunca he podido descubrir su misterio, saber dónde se encuentra su magia. Creo que es algo que va más allá de la unidad familiar, de los *buenos* deseos en todos los corazones, de los regalos, del “Adeste Fidelis” o de “El tamborilero”, de la cabalgata de los Reyes, de los especiales del circo de Gaby, Fofó y Miliki, de las vacaciones, de los aguinaldos de tus padrinos o de la iluminación de las calles y las tiendas. El hechizo de la Navidad era mucho más profundo. Yo siempre sentía – ahora mucho menos – como un temblor desconocido en mi línea de flotación. La

Navidad con suspense

Navidad era como una quinta estación, que nunca aparece – ni aparecerá – en los calendarios, pero que todos llevábamos dentro. A lo mejor, resulta que la Navidad es, sencillamente, nuestra infancia.

Según vamos cumpliendo años y descontando ilusiones, esa quinta estación cada vez nos coge más desprevenidos. De pronto, a mediados de noviembre, los escaparates de las tiendas cobran colorido, la fachada de El Corte Inglés es una gigantesca postal luminosa – cada año que pasa viene un poquito antes la Navidad –, aparece un “spot” en la tele y ante tus ojos una familia dispersa durante todo el año se reúne ante unos turrones, mazapanes y polvorones en la cena de Nochebuena. En estos christmas de la tercera ola, que tantos millones de personas recibimos al mismo tiempo, nos cuentan que un chico o una chica que trabajan en la gran ciudad, toman un tren con destino a su pueblo. En la estación hace frío, los vagones van repletos de sonrisas con vaho; mientras cruzamos los campos cubiertos con nieve azul kodak, sabemos que el chico o la chica recuerdan a la novia o al novio; papá o mamá o los dos esperan en el apeadero; los abuelitos, directamente sacados de la factoría de Walt Disney, besan a los nietos con los ojos humedecidos. Qué envidia sentimos los que no somos de pueblo; qué maravillosas deben ser las navidades rurales. Y ya es de noche. A través de las ventanas escarchadas, vemos cómo la familia se intercambia los regalos: colonias para hombres que dejan huella, muñecas que andan, lloran, van al váter y recitan la Constitución, champanes que te desnudan en silencio mientras los paladeas... Todo ha durado unos veinte segundos. Pero ya es Navidad. En palcolor. En estéreo. Veinte segundos y tus paisajes – externos e internos – han cambiado de repente. Y te das cuenta de que nadie nunca va a poder explicarte el significado de esa tristeza, de esa soledad que te atrapa. No es porque en cada

Navidad con suspense

casa falte alguien. No. Es que el que falta de verdad eres tú. No sé de dónde. Pero faltas.

La cena de Nochebuena – con mi abuelo materno y los tíos de mi madre, Francisco y Victoria – estaba teñida de anécdotas del pasado. Yo escuchaba con asombro, tratando de entender aquellas miradas que nunca les había visto antes, intentando asimilar esa especie de paso (o peso) del tiempo que reflejaban sus caras, el imperceptible temblor de sus voces, cómo se habían amortiguado todas sus pesadumbres y desavenencias, porque en ese devenir vamos cambiando – lo compruebo día a día-, y nos convertimos, en cierto modo, en otras personas.

La noche de Nochebuena mi hermano Carlos y yo teníamos permiso para ver más la tele y acostarnos tarde. Para algo era Nochebuena. Nos asomábamos a las ventanas y veíamos las otras iluminadas de los edificios del barrio. A través de esas ventanas, podíamos oír a los vecinos cantando o riendo. Esos sí que parecían felices. Las radios y las televisiones sonaban con fuerza – “los peces en el río; el tamborilero de Raphael; ande, ande, ande, la marimorena; Los campanilleros...” –; se escuchaban en nuestro edificio panderos, carreras, gritos, carcajadas en los pisos de arriba y abajo; había un tráfico denso de gente en las escaleras y en los rellanos. Y hacía mucho frío. Algunas nochebuenas más tarde, mi hermano adquirió la costumbre de ir con sus amigos a la Misa del Gallo después de cenar – escurrir el bulto y aprovechar la ocasión, que le dicen –. Mi hermano Carlos tropezaba de vez en cuando con el ambiente hogareño, pero se levantaba rápidamente y seguía corriendo como si nada hubiera sucedido.

Esa noche no importaba que nos acostásemos un poco más tarde. Mi hermano Manolito durmiendo, bajo los efectos de la medicación. Mis padres

Navidad con suspense

se iban a la cama antes. “No tardéis en iros a la cama y no hagáis ruido, si no, Manolito despierta” – nos recordaba mi madre. Tras esta advertencia, Carlos decidía que dos eran multitud y me rogaba que recapitase sobre mi intención de quedarme en su compañía. Ante mis primeras y titubeantes objeciones, él señalaba alternativamente con su dedo índice mi persona y la puerta del salón. Cuando comprobaba que la mecha adherida a su paciencia se acortaba, inhalaba, contenía la respiración como si estuviera buceando bajo una ola de cobardía y ponía tierra de por medio.

Pero, sin duda, lo que más nos gustaba de la Navidad era la fiesta de los Reyes Magos. Los regalos. Creo que el verdadero motivo del consumo navideño – desde el árbol a las agendas, desde las corbatas a las colonias – es que necesitamos reforzar nuestro territorio moral, que está bajo mínimos y controlar la ansiedad que provoca nuestra insatisfacción. Cortilandia, por tanto, es como el Juan Canalejo para millones de enfermos de soledad. La Navidad es un invento de Charles Dickens, es la fiesta de los niños.

“¿Han venido ya los Reyes?” “No... Pero como no te duermas, no van a venir”. “Vamos, duérmete. He oído un ruido en el salón, parecía el estornudo de un camello...”. Ninguna otra fecha del año tenía mayor fascinación para nosotros. Ni siquiera el día de tu cumpleaños o el de tu santo o aquellos domingos de verano que ibas a la aldea de tus abuelos y jugabas sin parar hasta que se hacía de noche. Nada, nada podía compararse a la madrugada en la que Melchor, Gaspar y Baltasar se acercaban a tu cama, haciendo antes una breve parada en el salón para dar buena cuenta de las tres copitas de anís y los platos de lentejas que les habías dejado junto a las zapatillas y los zapatos de Segarra para que te los lustraran, mientras soñabas con estuches de lápices de colores Alpino, rotuladores Carioca, milloncetes,

Navidad con suspense

cajas de Exin castillos, libros de Salgari, Magos del Humor, camisetas del Deportivo, juegos de magia, juegos reunidos,...

Vivíamos sólo para esa fría mañana de Enero. Si veías algo que te gustaba, “eso se lo pides a los Reyes”. Pero eso no siempre era así. Hubo muchas cosas que me gustaron y que los Reyes no me trajeron, teniendo la completa seguridad de que había especificado correctamente en la carta los nombres de los artículos solicitados. Los Reyes unilateralmente decidieron que el tren eléctrico, el Escalétric o la bicicleta no eran los regalos más adecuados para un niño de ocho años que se portaba bien y sacaba buenas notas. Y eso que yo siempre fui un chico obediente, les dejaba a todo el séquito una copita de anís y los zapatos para que me los lustraran, y la verdad es que por la amanecida el anís se había evaporado, el plato de lentejas ventilado y los zapatos, o las botas, brillaban como espejos. A cambio, los Reyes me daban arquitecturas de madera, disfraces o un futbolín. Los Reyes, por supuesto, aparte del cortejo de pajes y camellos que les acompañaban, tenían en nuestros padres a los *embajadores* del desaliento más acreditados, infieles portadores de los deseos filiales. Yo ya había aceptado que era imprescindible la mediación humana para que tuviese efectivamente lugar la magia de los obsequios. En mi caso y en mi casa, esa función la desempeñaban mi hermano Carlos y mi madre. “Mira Javier, no te pueden traer la bicicleta porque van muy cargados de juguetes para todos los niños del mundo, compréndelo. A ver el próximo año”. – me decía mi madre, mientras hacía mentalmente la cuenta de lo que se estaba ahorrando. Reforzando el argumento de mi madre, entraba en escena, cual villano con capa arremolinada, Carlos, apostillando: “Claro, Javier, no nos pueden traer todo lo que queramos. Deben repartirlos. También a mí me gustaría un balón de reglamento”. Cuando escuchaba estos razonamientos durante los días previos

Navidad con suspense

a Reyes, acostumbraba a rezar en la cama cada noche pidiendo una bicicleta. Al ver que el día de Reyes venía sin bicicleta, me di cuenta de que el Señor no funciona así, por tanto consideré la posibilidad de robar una y pedirle a Él que me perdonara. Lo que estaba claro es que la trama llevada a cabo por estos dos ridículos conspiradores de opereta surtía efecto año tras año. Sólo una aclaración: Carlos había tenido con cinco años una bicicleta y bajo la mesa camilla de su habitación siempre había dos balones de reglamento. Convendrán conmigo en que el crédito moral de la persona que requería moderación en mis peticiones estaba fuera de toda... confianza. Pero aún así, ese día, esa mañana venía cargada de emoción.

Los días previos transcurrían con una lentitud exasperante. Cuando eres niño, los años se hacen muy largos. Duran tanto, me parece, porque su medida no son los días o las horas, sino la intensidad. Únicamente los niños producen el milagro de transformar la teoría de la relatividad de Einstein en un hecho real. Y es que los niños viven en el futuro. Lo curioso es que deseábamos tanto como temíamos que llegara el más mágico de los despertares. La madrugada del 6 de Enero era cuando los padres subían a los techos de los armarios y hacían aparecer sobre los zapatos y zapatillas dispuestos ordenadamente en el salón los juguetes y los libros de cajones olvidados. Sabíamos que después de aquella fiesta, justo al día siguiente, nos esperaba el colegio y un invierno interminable. Por eso, según avanzaba la tarde del 6 de Enero, el mundo iba apagándose, borrándose, desapareciendo, para un niño de ocho años. Cuánto envejece un niño la tarde de Reyes. El roscón mojado en el colacao tenía sabor a interrupción, a pausa muy larga, a desconexión. El roscón significaba sencillamente que vivir era algo que tenía un final. Los niños odiábamos la hora de la merienda. Merendar era acercarse a las puertas de la noche. Tras la merienda llegaba un tiempo borroso y luego la cama, una pausa, dejabas de vivir. Lo que sentíamos no era miedo, si no

Navidad con suspense

algo más tremendo: nuestro cuerpo tenía un escape de vida. Como un globo cuando se desinfla. Era una crueldad que tuviéramos que esperar hasta el último día de las vacaciones para jugar con el arco sioux y lanzar las flechas con ventosas en la punta. Qué envidia nos daban los niños europeos o norteamericanos. Ellos tenían los regalos colgados del árbol con bombillitas de colores desde el día 24 de Diciembre. Y que no nos dijeran que no era verdad, porque lo veíamos en las películas. Pero bueno. Lo superábamos. Aparecíamos en el colegio alegres, exagerando nuestra felicidad. Aquel primer día de clase era el que más guapos íbamos. Todo el cargamento de Oriente se desparramaba por las aulas. Jerseys llamativos, pantalones de pinzas, bufandas de colores, plumieres de dos pisos, lapiceras transparentes, enormes mochilas, plumas Parker modelo Junior 21.

Los gritos nerviosos de los niños cuando ven los regalos es un milagro tan hermoso como el de los panes y los peces. Los Reyes nunca se acuerdan de las veces que fuiste malo y rompiste con la pelota alguna figura de porcelana de esas que proliferaban sobre las mesitas y los estantes. Los Reyes siempre pasan por alto ese Regular en Conducta del boletín de calificaciones. Los Reyes hacen oídos sordos a las contestaciones impertinentes y a las palabras malsonantes. Los Reyes jamás dejan carbón, y si lo dejan es sólo un segundo – una décima de segundo que paraliza tu alma –, porque enseguida la voz de mamá llega desde otra habitación: “Parece que hay algo aquí, ven, corre, sí, es un paquete, y otro...”. Eso es Hitchcock, digo suspense.

Conmigo los magos de Oriente hicieron algunos milagros hasta que tuve nueve años. Una diana de corcho que durante meses había permanecido en el centro del escaparate de un bazar de la Calle Real, metida en una redcilla con sus dardos, creedlo o no, apareció a los pies de mi cama. Y unas esposas doradas y un pequeño revólver con una placa de agente especial del

Navidad con suspense

FBI que descansaban en un estante tras el mostrador del departamento de juguetes de los Almacenes Barros, asombrados, aparecieron dentro de una cajita de cartón, verde, junto a mi almohada. Y aquel año que me trajeron en una caja pequeña *las mil caras del agente secreto* – en la que sólo había cuatro –. Lo que nunca apareció al lado de mis zapatillas fue aquel maravilloso Ibertren que estaba expuesto y siempre funcionando en el escaparate de la librería Porvén.

Pero jamás se produjo un milagro más grande que el del año del Fuerte. Yo quería un Fuerte, como el del Séptimo de Caballería que veía en las películas de John Wayne o Errol Flynn. Mis padres habían recorrido sin éxito los bazares de las principales calles comerciales, habían mirado en El Pote, en Barros, y nada. Hasta que el 5 de Enero un amigo de mi padre le puso sobre una pista: le dijo que fuese a mirar a una tienda de manualidades situada en la calle Fernández Latorre, llamada Didó. Allí lo encontró. Pero el vendedor le advirtió de que no lo podía vender porque algunas láminas de madera que formaban el vallado del Fuerte se habían despegado y otras estaban parcial o totalmente resquebrajadas.

Mi padre asumió la responsabilidad de la rehabilitación del Fuerte. Junto a la maltrecha fortificación – que el vendedor dejó a un precio muy asequible - compró un bote de cola, otro de barniz y varios pinceles. Ya había adquirido días antes la bolsa que contenía las figuritas de los soldados y los caballos de la Compañía del Séptimo de Caballería. También venían incluidas las banderitas, algunos cañones y un pelotón de indios. El Fuerte era precioso. Con pulso paciente y esmero concienzudo, una vez que ya estábamos acostados, dispuso el Fuerte sobre la mesa de la cocina y comenzó su labor restauradora: Pegó, barnizó y distribuyó algunos soldados a lo largo y ancho de la fortificación, con la idea de dejarme continuar al día siguiente la

Navidad con suspense

organización estratégica de la mayor parte de los efectivos humanos y materiales.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, entré corriendo en el salón y allí estaba. Una maravilla. Vaya Fuerte. No le faltaba de nada: los barracones donde dormían los soldados, los establos y abrevaderos para los caballos, los torreones de vigilancia, las estancias del capitán, los almacenes de las provisiones, un puesto médico, los carros... Mis padres me miraban con ojos expectantes. Froté las palmas de las manos nerviosamente y cuando me estaba abalanzando sobre el Fuerte, mi padre lanzó un grito desesperado: “¡¡Que no se te ocurra tocar nada, mecago en la tos ferina!!”. No pude jugar con el Fuerte hasta la tarde, ya que la cola y el barniz aún estaban frescos y necesitaban algo más de tiempo para secarse completamente. Cuando le pedí explicaciones de por qué no podía tocar nada, mi padre me informó con la voz más serena y creíble que pudo utilizar que al ir a comprobar a primera hora de la mañana si los Reyes nos habían dejado todo lo que habíamos pedido, advirtió ciertos desperfectos en el cercado del Fuerte – las lógicas consecuencias de un traslado aéreo, aseguraba –, y, por lo tanto, procedió a tomar medidas reparadoras. Ya, ya.

Mientras me batía contra mis amigos del parque con mi reluciente sable pirata, algo muy difícil de precisar estaba enroscándose en mi alma. Sentía como si la vida o yo, no sé, fuera hacia delante, como si una voz estuviese diciéndome que el tiempo no se detiene, que los relevos iban a ser muy importantes. Aquella mañana, mientras luchaba en la cubierta del barco de Barbarroja, yo tenía ocho años y yo ya sabía desde el año pasado – por mi hermano – que los Reyes eran los padres, sí, pero no como lo sé ahora. Porque hoy no tengo ninguna duda de que mis padres, todos los padres,

Navidad con suspense

fueron verdaderos reyes, genuinos magos. Y ahora que soy padre de una niña de tres años y un niño de año y medio, he tomado la determinación de hacerles vivir a mis hijos ese hechizante *desasosiego*. Estoy convencido de que nunca dejaré de pegar la nariz a los escaparates de la niñez, cuando todo estaba nuevo, fresco, puro, envuelto en el embalaje del candor y el descubrimiento.

“¿Han venido ya los Reyes?”. “No”. “Es que he oído ruidos en el patio”. “Anda, duérmete, cierra los ojos”.

Nunca hubo mejor suspense.